

—¿Y á Ud. qué le importa, hombre, que yo tenga lo que tenga? ¿qué es eso de *cortejo*?...

Soltóla "El Jarameño" sin enojos ni ira, así como quien suelta delicado trasto ajeno que de lejos nos gustaba y de cerca nos desagradaba; cogió de nuevo la guitarra, y entre cañas y palmas, "se arrancó por lo hondo" con el melancólico repertorio flamenco:

*"Dos cosas hay en el mundo
Que la vida costar pueden..."*

Herida Santa en su vanidad por el mal disimulado desvío del torero que no volvió á parar mientes en ella; impulsada por repentina antipatía, esmeróse en prodigar á los señoritos que se la disputaban, halagos y mimos: se sentó encima de éste, bebió en la copa de aquél, consintió en que la descalzara el de más allá, rompió una botella aun sin descorchar, y haciendo mil visajes, le pegó dos chupadas al puro de otro. La "juerga" subía de punto. Exigióse que Hipólito tocara para ellos solos en el saloncito privado que ocupaban, y se nombró una comisión de dos miembros, bastante chispas por cierto, que fueron y obligaron á Elvira á dejar su encierro impenetrable de señora y dueña de harem y á apurar en su buen amor y compañía un vaso de lo que le diese la gana. Alguien propuso, en medio del desorden progresivo, un paseo para el día siguiente, en carruajes de alquiler y en unión de las muchachas.

—Elvira no se opondrá, se lo garantizo á Uds., y llevaremos á "El Jarameño" ¿quieres oír el Grito con nosotros?

—¿Qué grito, *gachó*? ¿vamos á gritar ma-

ñana más de lo que estamos gritando ahora?...

Con hipos, risotadas é ignorancias se le explicó el logogrifo: no se hablaba de un grito cualquiera, hablábase de uno especial y único con que el pueblo conmemoraba su independencia.

—Es el grito con que los echamos á Uds., los gachupines,—terció el pianista, agresivo.

—¿Y cuándo nos han echado á nosotros de ninguna parte?—replicó orgulloso "El Jarameño".

—¿Cómo cuándo?... cuando los echamos de México... hace años,—sentenció el sabihondo de los calaveras.

—¿Si?... pues yo no oigo esos gritos ¡qué corcho! contármelo vosotros después...

—"Jarameño", que te pones tonto! ¿vas á reñir por vejeces, bárbaro? Son cosas que pasan y san se acabó. Ya todos somos unos, y Uds. aquí, más ¿quién te ha maltratado? ¿no ganas aplausos y dinero? ¿no miras miles y miles de compatriotas tuyos que ni á tiros se marcharian, de lo contentos que se hallan?...

—No, lo que es de ser cierto eso, si que lo es... Ea! dispensar y contar conmigo mañana. A ver, ¡patrona! manzanilla, que un español convida á beber por España!

Se apaciguaron los ánimos, se gritó y se pateó. Hipo, con objeto de imprimir carácter al general avenimiento, preludió la marcha torera de "La Giralda", la que, sin embargo, no obtuvo mayoría de sufragios y hubo que ápelar á la clásica de "Cádiz", coreada hasta por Elvira y sus pupilas:

*"¡Viva España!
Que vivan los valientes..."*

“El Jarameño” cubrió la boca de la caña con la palma de la mano, golpeóse el pecho con ella, trocando el líquido en millones de burbujas de oro, y se la alargó á Santa:

—Beba usted por mi tierra, gloria morena, que yo voy á beber por usted y por la suya!

El proyectado paseo acabó de tomar forma, pagándose previamente á Elvira la ausencia de las chicas que lo aceptaron; fijóse el número de simones destinados á alojar, cada uno, dos parejas; los más beodos determinaron pernoctar desde esa misma noche, y “El Jarameño,” muy del brazo de un marido que no estimaba cuerdo reintegrar el tálamo cuando ya la luz era salida, se despidió de la concurrencia. ¿Qué instinto guió á Santa á acompañarlo hasta la puerta de la calle?... El “diestro”, sin desasirse del casado precavido, pidióle un beso que no le negaron.

—¿Qué noche dormirás conmigo, Santa?—le preguntó al oído, serio.

—¿Contigo?... Nunca!—repuso Santa así que lo reflexionó.

—¿Tanto me aborreces?

—Ni tanto ni nada, pero te tengo miedo.

El ciego Hipólito, que salía detrás y escuchó la declaración de Santa, no pudo reprimirse:

—La felicito á Ud. por su conquista, Santita, —sentenció en sarcástico tono á par que con la contera de su bastón despertaba á su lazarillo, acurrucado en el sitio de costumbre,—no vale hombre ninguno lo que el último de estos individuos de trenza...

Muy á mal tomó Santa el desahogo del músico,

cual si éste tuviese derechos adquiridos y la hubiera sorprendido en flagrante delito de infidelidad. ¿Por qué echarle en cara lo de la conquista de “El Jarameño,” cuyas propuestas había rechazado y que de veras le inspiraba miedo, miedo extraño y meramente físico, de organismo débil é indefenso que se presiente amenazado de lastimamientos corporales?... De otra parte, ¿dónde estaban los derechos de Hipólito?... Lo que es ella no habíale otorgado ninguno, y ahora menos! Ya que era esclava de todo el mundo, ya que no se pertenecía, defendería su corazón—en el dudoso caso que algo le quedara de él—y que se conformaran con su cuerpo magnífico, resistente, desnudo de ropas y desnudo de afectos; que en él saciara el público su lascivia inmensa, feroz, inacabable; que unos se lo bendijeran y besaran y otros se lo magullaran y maldijeran... pero que le dejasen el corazón, las lágrimas, los recuerdos, lo que llevaba escondido por dentro y que le rebullía cuando como esa noche excedíase en beber... Y en cuanto á Hipólito y á “Jarameño”, á éstos ni su cuerpo que se alquilaba y así la ofrecieran pagarle doble ó triple, nó, á ningún precio: á Hipólito, porque de pura lástima podía quererlo, y á “El Jarameño,” porque de miedo queríalo ya! Y oprimiéndose el pecho con entrambas manos, para no regar por el suelo con el inseguro andar de la borrachera sus lágrimas escondidas, sus escondidos recuerdos y su escondido corazón, volvió á subir las escaleras, torpemente, y torpemente bebió más, dejándose conducir á su perfumado cubículo de bacante, por uno de aquellos señoritos que olía á vino, le es-

trujaba el seno y le tartamudeaba galanterías obscenas.

Tristán y metido en nubes amaneció aquel 15 de septiembre, por lo que cuando Santa y su parroquiano despertaron—cerca del medio día—calculáronse que el anunciado paseo nocturno no se llevaría á cabo, á causa de la lluvia amenazante. Y frente á la tremenda perspectiva de pasar juntos tantas horas, sin una miaja de estimación ó de amor que las hiciese caminar de prisa, no escondieron su fastidio, antes mostráronlo á las claras; él, desperezándose y revolviéndose bajo las sábanas tibias, ajadas y malolientes, y Santa, registrando un cajón de su cómoda, segura de no descubrir nada, supuesto que nada buscaba. Hablábanse poco, sólo lo indispensable para zaherirse con pullas ó embozadas injurias, como si después de una noche de compradas caricias hubiesen recordado de súbito que, exceptuando la lujuria apaciguada de él, no existía entre ellos más que el eterno odio que, en el fondo, separa á los sexos. Una mutua repugnancia subía á sus ojos, salía con sus palabras; los dos paladeaban el nauseabundo dejo del alcohol y del placer venal, que nos deprimen y abochornan en cuanto sus efectos se desvanecen. Y si á Santa,—cuyo camisón resbalándole aquí y allí, puso al descubierto fragmentos de su cuerpo trigueño,—no le importaba que su enamorado de unos momentos la contemplase ó nó, ni mucho menos tratara de excitarlo, la verdad es que el prójimo tampoco miró siquiera, y ahito de esa carne que todo el mundo saboreaba, volvióse

del lado de la ventana y al través de sus visillos vió hacia las nubes.

—Si me obsequias con un café,—exclamó al fin,—te convidó á almorzar en el Tívoli!

Santa reprobó la idea; tenía que bañarse, que ir á la casa de la modista.

—Ve tú con algún amigo, y á la noche nos reuniremos. Anda, que se te quite la pereza, levántate!

En un periquete se alistó el cliente, que no supuso sentirse libre á tan poca costa, y de despedida besó y abrazó á Santa, que pasivamente se prestó á ello.

Luego, á solas ya, abrió la ventana, echóse un ehal en las espaldas y se sentó en el canapé cruzando las piernas y balanceado la que le quedaba con un pie en alto.

¡Siempre igual!... Siempre estos despertares helados, desconsoladores, espantosos, en los que á una protestaban su cuerpo cansado, y algo que sin ser su cuerpo lo parecía, porque en los interiores de éste se le quejaba... Siempre estos desencantos y este asco de continuar la misma vida fatigante é insípida, á las veces cruel, obligándola á compartir el placer genésico con quien menos y cuando menos lo apetecía... Siempre estas ráfagas de arrepentimiento al despertar únicamente, y después, en el curso del día, una lenta connaturalización con esa propia vida, un convencimiento de que ya jamás podía aspirar á otra... hasta cierta desgana de intentarlo, una conformidad fisiológica de concluir en ella... Vaya! tonterías y sólo tonterías... Con algún tiempo más, sería como sus compañeras; lo que

haciale falta para endulzarla era un *querido*, pero un querido que quisiera...!

Y en rápida revista mental, consideró la legión de hombres que le habían jurado amores ¿por qué "El Jarameño" triunfaba si acababa de conocerlo; por qué Rubio, "el caballero decente" que le prometía casa, también la atraía; por qué Hipólito, que jamás le dijo sílaba que á achaques del querer se refriera, interponiase entre ella y los pretendientes, y la miraba, la miraba sin verla, con sus horribles ojos blanquizcos, de estatua de bronce sin pátina?...

Puntuales cual acreedores y en compañía de "El Jarameño", á la hora fijada presentáronse dentro del antro los organizadores del paseo, y á la par suya estacionáronse al borde de la acera, en la calle, por su cuenta y orden, cuatro simones de bandera amarilla, de los que el público ha bautizado de "calandrias".

¡La gresca que se armó en la vivienda! Ahora todas pedían ser de la alegre partida, y se bromeó, se ajustaron onerosos contratos, se aumentó la caravana y se hizo venir otra calandria que resultó desvenijada, mugrienta, gemidora, y con un par de sardinas, que ni para el redondel servían—según autorizado dictamen de "El Jarameño".

Partieron los carruajes en línea recta y uno tras otro, cuando la iluminación de la ciudad comenzaba, á tiempo que los enormes focos municipales que se mecen en las esquinas y á la mitad de las calles, mezclados á las innúmeras luces incandescentes que cubrían caprichosamente las fachadas del comercio rico y á los humildes

farolillos de vidrio ó papel con que adornaban las suyas los mercaderes pobres y los particulares idem, prestaban á la metrópoli mágico aspecto de apoteosis teatral. Desde que desembocaron en la ancha Avenida Juárez, divisaron las calles de San Francisco y Plateros rebosantes de luz, sin transitar de vehículos, insuficientes para encauzar entre sus dos aceras aquel encrespado y movedizo mar de gente que se encaminaba á la Plaza de Armas. Por sobre las cabezas, veíanse, aquí y allí, chiquillos del pueblo encaramados en las espaldas del papá; guitarras que parecían caminar sin dueño, caídas de lo alto, y flotar á la ventura encima de esas ondas revueltas, policromas, incesantes. Avanzaban los coches paso á paso, y al llegar á la esquina del Puente de San Francisco, la impenetrabilidad de la masa y la prohibición de los gendarmes de á caballo de seguir adelante, los forzó á detenerse y consultarse respecto de la ruta que habrían de adoptar. Santa,—del pueblo al fin,—opinó por una caminata á pie, confundidos con la turba que casi rebasaba de las aceras y del arroyo; pero sus compañeras, españolas, atemorizadas frente al monstruo,—cuyos coloquios, silbidos, exclamaciones, gritos y risas eran la perfecta imagen de un huracán,—se opusieron decididamente, mejor renunciaban al paseo. Los hombres tampoco aprobaron la idea, pues no les halagaba ir desde luego á la Plaza y, empaquetados dentro de los incómodos simones, aguantar el concierto de todas las bandas militares de la guarnición reunidas y toca que te toca de las 9 á las 11! Mejor cenar, aprisita, y después de la cena, al Grito.

—Café de Paris, tú!—ordenaron al cochero de la calandria que encabezaba el séquito.

Las calles de la Independencia, á las que salieron luego de atravesado el callejón de López, también alimentaban su oceano, con agravamiento de tranvías y carruajes, que á modo de pequeños barcos sin timón, circulaban trabajosamente, ora con pausas ó detenciones que eran saludadas con la algazara de sus tripulantes, ora con repentinas embestidas que hendían las olas y abrían un surco borrado al minuto por el flujo y reflujó de la multitud que los silbaba amenazadora, agresiva, con manifiestas ganas de armar bronca.

—Fuera coches!... abajo los rotos!!

Sólo los tranvías,—atestados de pasajeros, de linternas de colores y de ruido metálico—cruzaban ese mediterráneo con imponente majestad de acorazados, implacable y derechamente; el cuerno del mayoral, sembrando alarma con su ronco berrear entrecortado, y el cascabeleo de las mulas suministrando gratis una nota alegre y juguetona. Por la atmósfera, matrimoniados y neutralizándose, acres olores de muchedumbre, resinosos aromas de fogatas y una brisa tibia, que purificaba el aire, agitaba banderas, colgaduras y faroles y apresurada barría las nubes, allá, arriba, poniendo al descubierto un cielo estrellado, voluntario contribuyente con todos sus astros á la patriótica iluminación de la vieja ciudad americana.

Al fin dieron con sus cuerpos en un gabinete alto del "Café de Paris", donde por tradición de calaveras profesionales, ellos, mandaron prepa-

rar una cena de mariscos, que las mozas, por ser quienes eran, creyéronse obligadas á gustar, aunque no fuesen partidarias de cangrejos, camarones y demás bichos tan incómodos para desmenuzarlos y tan ingratos para sus paladares poco educados: de hembras ordinarias y en el fondo zafias. "El Jarameño" pidió costillas y una ensalada.

—A mí me trae Ud. unas chuletitas,—dijo al camarero; y volviéndose á sus amigos, agregó:

—Nó, no reirse; es que cuando como de éso,—y señalaba una hermosísima langosta cuyas antenas se salían de la fuente,—me *paece* que me lo trago vivo y que me aprieta las tripas con sus tenazas... ¡Qué animal más feo, *mecachis!*—concluyó después de considerarla por segunda vez.

El murmullo de la calle iba decreciendo conforme la gente iba llenando la amplia Plaza de Armas. Ahora los carruajes pasaban más á menudo por bajo los abiertos balcones del restaurant, á los que de tiempo en tiempo se asomaban los comensales á columbrar la Plaza, que se ardía como una hoguera.

De improviso, se oyó estallar una bomba, siguió un ¡aah! formidable, lanzado por la turba multa, y el concierto-monstruo principió. En la mesa, servían el asado y destapaban el Pommery, con lo que se animaron hasta hablar de patria, sin estar muy seguro nadie del verdadero significado de esta abstracción. Resultaba irrespetuosa la charla dentro de aquel gabinete vulgar de comederó á la moda; vulgar á causa de su alfombra manchada y de su innoble canapé de cre-

tona, ancho y con cojines; á causa de su espejo, en el que se advertía repugnante mescolanza de fechas, iniciales y nombres mal grabados con diamantes y dejados ahí para perpetua y triste memoria de entusiasmos alcohólicos y aventuras galantes inconfesables á las derechas; vulgar á causa de sus luces eléctricas, que salían de una antigua lámpara de gas; á causa de su campanilla oscilante, el botón simulando una pera; y vulgar á causa de la hipócrita discreción de los camareros, que no entraban sin anunciarse antes ni partían sin cerrar tras sí la puerta.

No se ponían de acuerdo, traían y llevaban definiciones aprendidas desde el colegio, nociones falsas, escuchadas ó leídas en alguna parte olvidada. Hubo sus brindis románticos, á la hora de las cremas: todo por la patria! Los hubo también escépticos, de espíritus fuertes que visten frac ¿la patria?... Peuh! nuestro portal de Mercaderes ó el ferrocarril aéreo de Nueva York, lo mismo es!

—¿O nó, "Jarameño, tú qué opinas?... Es tu patria España ó el mundo entero?...

Las mujeres, muy graves, se aburrían. De la vecina Plaza de Armas desprendíanse, y por los balcones se entraban, intermitentemente, erráticas armonías incompletas del concierto y un formidable rumor del respirar del auditorio.

—Siempre España ¡mire usted qué cosa! Pero sin islas ni ultramares... y tampoco España entera, que ni conozco. Mi patria es—continuó "El Jarameño" contando con los dedos,—mi Andalucía; mi cortijo; la tumba de mis viejos, que de Dios hayan; y la ventana con claveles y geranios

que guarda unos ojazos y un corazoncito que yo me sé... ¡Eso sí que es mi patria!!

Con aplausos y más Pommery helado se acogió la pintoresca y primitiva definición de "El Jarameño", que á hurtadillas y simulando interés grandísimo en que la ceniza de su cigarro cayera en los asientos de café que ennegrecían el fondo de su taza, con mayor interés atisbaba en el pensativo rostro de Santa los efectos de su arranque. Y los ojos de entrambos se encontraron, y, como siempre, los de él quedaron dueños del campo y los de ella huyeron, examinaron el mantel, que ya conocían, suplicaron sin duda á las largas pestañas que los defendiesen, porque las pestañas descendieron y Santa, resbalando en el asiento, cerró sus ojos cobardes y apoyó la cabeza en el respaldo de la silla:

—¿Quién me regala un "chorrito", que sola yo estoy sin fumar?

Prevía consulta de relojes se pidió la cuenta, que fué cubierta con alardes exagerados de desprendimiento, con mucho meter y sacar de Carteras abultadas de billetes y mucho afán de ser cada cual el único pagano. "El Jarameño" ofreció decididamente su brazo á Santa.

—Usted se viene conmigo, serranita, y luego de eso de los gritos se marcha usted con quien le dé la gana y yo lo propio ¿se acepta?...

Los tumbos del simón acabaron por aproximarlos y mantenerlos en continuo y confianzudo contacto del que no les era fácil escapar, pues á poco se repetía y empeoraba. Optaron por conservar la primera postura, no dándose por entendidos de que se tocaban, palpando ella las du-

rezas de los músculos de acero de él y él las morbideces de la muchacha. El fuego de los cigarrillos, que á intervalos brillaba dentro de la obscura calandria, parecía el de otros tantos insectos luminosos que no atinaran á salir por las portezuelas y giraran desesperados y al cabo se precipitaran hacia abajo.

Los aurigas aprovecharon para penetrar el oleaje que henchía la Plaza, la llegada del "Gremio de Cargadores" y el desfile del Cuerpo de Bomberos en correcta formación, de cuatro en fondo, con bandéras, estandartes y antorchas que imitaban cabelleras de furias, según lo que sacudían las ígneas testas y el reguero de chispas que en los aires se retorcián y por los aires morían y volaban. Pulgada á pulgada realizábase el avance de los carruajes, hasta una cierta profundidad que fué materialmente imposible transponer. Mas desde ahí, desde el forzoso anclaje, abarcaron el gran cuadro: En el centro, el jardín colgado de faroles, con su kiosko central echando más luz eléctrica que fanal al que se le hubiesen roto los cristales exteriores; luego, en la calleja de árboles que á Palacio conduce, más farolillos á manera de guirnaldas. Palacio, severo, irregular, enorme, disfrazando la fealdad de su fachada con los cortinajes de sus balcones y el sinnúmero de bombas de cristal en los barandales de éstos, que defienden de los embates de la brisa á una cantidad igual de mecheros de gas hidrógeno. Asomadas á los mismos balcones, cabezas de hombres, descubiertas y entremezcladas á cabecitas femeninas con sombreros de paja que se acercan y separan, en las alternativas de

los diálogos que no alcanzan á escucharse, cual si los pájaros disecados quisieran volar y las plumas perderse y las flores de trapo ir y alfombrar el empedrado que patea la plebe. Son los balcones del célebre Salón de Embajadores, radiante, hecho una ascua, arrojando por los vanos los raudales de luz que le sobra; y las cabezas que en ellos asoman, son las de los privilegiados que disfrutan cómodamente de la fiesta, por invitación especial de los miembros del gobierno.

Sólo el balcón del medio, el histórico, el de barandal de bronce, aunque también abierto, está en tinieblas. Encima de él, el reloj palatino, de muestra transparente, marca las 10 y 3/4, y encima del reloj, muy alta, el asta de bandera con el pabellón nacional asido á ella y ondeando soberbio en la noche constelada!... Abajo, en un claro, hileras de sillas ocupadas por señoras y caballeros, y el templete para la gigantesca orquesta militar. A la izquierda, con sus instrumentos en el suelo, tendidas las bandas de tambores y cornetas.

—¡Córcholis!—declaró "El Jarameño" con medio cuerpo fuera del coche,—esto está superior.

A espaldas del carruaje, los portales de Mercaderes trunco y asimétricos por el "Centro Mercantil" terminado casi y que en los pisos concluidos ya, ha derrochado las lamparillas incandescentes. A la diestra, la vetusta casa de ayuntamiento, la "Diputación", también encortinada y alumbradísima, sin lograr borrarse las arrugas y el sombrío aspecto que le prestan los años: maciza, ingrata, anacrónica. A su frente,—limitando al Norte la extensa Plaza,—la Metro-

politana, monumental, eterna, imponente; erguidas sus torres, grises sus muros, valiente su cúpula, formidable en su conjunto de coloso de piedra inmovible al que no arredran ni el tiempo ni los odios, luce igualmente faroles y colgaduras, todo arcaico, á la antigua todo, los faroles de aceite, las colgaduras desteñidas, venerables, olientes á incienso, con quién sabe cuántos lustros á cuestras! A su lado, el Sagrario, en su perpetuo y desgraciado papel de pegote churiguero.

Por dondequiera, vendimias, lumbraradas, chirriar de fritos, desmayado olor de frutas, ecos de canciones, fragmentos de discursos, arpegios de guitarra, lloro de criaturas, vagar de carcajadas, siniestro aleteo de juramentos y venablos; el hedor de la muchedumbre más pronunciado; principio de riñas y final de reconciliaciones; ni un solo hueco, una amenazante quietud; el rebaño humano apiñado, magullándose, pateando en un mismo sitio, ansioso de que llegue el instante en que vitorea su independencia...

De pronto, un estremecimiento encrespa todavía más aquella mole intranquila. Luego, un silencio que por lo universal asusta y emociona, uno de esos silencios precursores de algo extraordinario. Diríase que hasta lo inanimado se reconcentra y se recoge. Compenetradas las cien mil almas que inundan la Plaza, parecen no formar sino una sola. ¡Todos callan, todo calla!... lo mismo las bandas unidas que los privilegiados de los balcones y que los miembros del rebaño. Todos miran al reloj de Palacio, suspendida la respiración, clavados los ojos en la diáfana mues-

tra de la impasible maquinaria, latiendo presurosos todos los corazones en todos los pechos...

Y pausadamente, el reloj de palacio y el de la Catedral, rompen juntos ese silencio; primero con cuatro campanadas lentas,—los cuatro cuartos de la hora,—después con once, que nacen con idéntica lentitud mecánica. No bien han nacido, cuando, todo á un tiempo, se enciende el balcón histórico, el de barandal de bronce, y dentro de un óvalo de rayos eléctricos, surge el presidente de la república, simbolo en medio á tanta claridad, sin otras divisas que la banda tricolor que le cruza el pecho y lo convierte en el ungido de un pueblo. Con noble gesto, coge la cuerda pendiente de la esquila parroquial que atesora palacio, la hace sonar una vez, dos veces, tres veces, y ella suena, maravillosamente, como ha de haber sonado, allá, en Dolores, cuando despertó á los que nos dieron vida en cambio de su muerte.

Cae de la Catedral tupida lluvia de oro, sus campanas repican á vuelo. Atruenan los aires millares de cohetes, las bandas ejecutan nuestro himno, el Canto nacional; en la lejana Ciudadela, disparan los cañones la salva de honor; los astros en el cielo, miran á la tierra y parpadean, cual si fuesen á verter lágrimas siderales, conmovidos ante el espectáculo de un pueblo delirante de amor á su terruño, que una noche en cada año cree en sí, recuerda que es soberano y es fuerte.

Hay madres, que han levantado á sus hijos por cima de la multitud y en alto los sostienen como una ofrenda, como una restitución

de sangre que nada más á la Patria pertenece.

Y de todos los labios y de todas las almas brota un grito estentóreo, solemne; que es promesa y es amenaza, que es rugido, que es halago, que es arrullo, que es epinicio:

—¡¡¡Viva México!!!

El mar se desborda, anega calles y avenidas tras de las bandas que van tocando diana; se forman grupos apretados; cualquiera abraza á su vecino,—á reserva de reñir y matarse á poco, en cuanto el alcohol entenebrezca las conciencias y ahogue ese raptó de confraternidad;—en una botella beben muchas bocas; en las esquinas se baila al compás de organillos que carecen de compás; en los umbrales de las puertas se cena en familia, y con un pie apoyado en las molduras de madera del frente de alguna tienda cerrada, un tenor callejero, rodeado de sus “valedores”, rasguea en su guitarra...

Los carruajes principian á moverse en pos de la gente. En el que conduce á Santa, á “El Jarameño” y á la otra pareja, nadie chista, ni fuma, ni rie... ¡Reflexionan!

Santa, muy por lo bajo, llora; probablemente su sensibilidad de mujer ha vibrado demasiado.

—¿Por qué llora usted, gitana?—le pregunta “El Jarameño”, agachándose.

Santa, que no puede hablar, señala todo aquello: la plaza, lo que en la plaza ha sucedido, lo que vaga aún en la atmósfera y en los espíritus...

En seguida, rodea con sus brazos el fornido cuello del torero, se acerca su cabeza y, entre sollozos, murmura:

—Usted nos dijo que era su patria una ventana con geranios y claveles ¿verdad?... Pues usted es más feliz que yo, que hallándome en la mía ni siquiera mía debo llamarla!... Mi patria, hoy por hoy, es la casa de Elvira, mañana será otra ¿quién lo sabe?... Y yo... yo seré siempre una.....

Y la palabra horrenda, el estigma, la deletreó en la ventanilla de la calandria, hacia afuera, como si escupiese algo que le hiciera daño.